



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2004

EDICION 31

Por las razones anteriores se comprende cómo un partido pudo estar al frente del Ejecutivo por no menos de siete décadas y cómo lo que hoy nos parece inadmisibile -Castro con más de tres décadas en la presidencia de Cuba- se vivió en nuestro país con el porfirismo y el beneplácito de la clase alta.

La novela de Loeza, así como las otras obras de su hechura analizadas en este ensayo, reflejan la sociedad mexicana dividida extremosamente, pero poca cuenta da de la clase media, que es la que más subsiste, la más trabajadora, la que paga sus impuestos puntualmente y desde luego, la que más le cuesta guardar el equilibrio para no sucumbir a la debilidad de los de abajo, ni tampoco pretender acceder a un lugar que no le pertenece y donde sería totalmente repudiado: la clase alta; por ello es la más consciente de sus derechos y obligaciones y es la que puede dormir sus ocho horas sin el miedo a ser robado por humanos, o a ser víctima propiciatoria a los vendavales climáticos.

Este enfoque parcial es lo que separaría a esta escritora de otros de mayor renombre y desde luego el incidente de ser mujer. No obstante, se abre paso en el quehacer literario siendo fiel a su estilo y a sus intenciones, por lo cual no dudamos que el éxito de sus obras actuales y las que estén por venir, sea duradero y placentero tanto para ella como para nosotros, los lectores.

### Bibliografía

Loeza, G., *Los de arriba*, Plaza Janés, México, 2002.

Loeza, G., *Hombres maravillosos*, Océano, México, 2003.

Loeza, G., *Las yeguas finas*, Planeta, México, 2003.

## EL LUGAR ES LA AUSENCIA: JOSÉ ÁNGEL VALENTE Y EL LENGUAJE DE LA DISOLUCIÓN

Mtra. Minerva Margarita Villarreal  
Facultad de Filosofía y Letras  
UANL

para Catalina Roel;  
a la memoria de su padre Santiago Roel García  
(1919-2001)

La escritura de José Ángel Valente (1929-2000) es un legado, una clave más por abrir dentro de una honda tradición poética que inicia con el gran acontecimiento cultural que significó el hecho que Fray Luis de León tradujera (reescribiera), en 1571, *El cantar de los cantares*, asentando así uno de los pilares de los siglos de oro.

Como si todo el brillo del espíritu tuviera que ir contracorriente, esta recreación del carmen más bello de amor jamás escrito, se enfrentó, de entrada, con el rechazo y la censura. La versión *Vulgata* de la *Biblia* se imponía negando la exploración erudita, y sobre todo, el encuentro con la belleza. "Oculta Luis tras la transparencia de la traducción su verdadero quehacer: la recreación formal del verso"<sup>1</sup>.

El poeta accede al deseo de una mujer, su prima Isabel Osorio, para acercarnos lo imposible: hacer nuestro, parte esencial de la poesía en

<sup>1</sup> Barasoain Alberto: *Fray Luis de León*, Júcar, Barcelona, 1982, pág. 11.

lengua española, uno de los cantos bíblicos más excelsos. Así, *El cantar de los cantares* se encumbra desde nuestra lengua en fuente sagrada. Es un poema que redimensiona su potencia lírica: escrito en el español del siglo XVI, con la belleza formal de la octava rima, sustrae en ella el enigma de amor y el paisaje bucólico del remoto paraje de la tierra santa. Las promesas de amor que se debaten ante la pérdida del objeto amado, en su fuga constante, no alcanzarían su condición sagrada sin el demorado trabajo del lenguaje. Y digo que Fray Luis hace nuestro el poema porque en la acción de traducir se devana el lenguaje hasta su centro primigenio, las palabras quedan expuestas en su desnudez original y desde ahí son transmitidas en otra lengua, para nacer de nuevo.

Esta espléndida versión de *El cantar de los cantares* derribó fronteras en la medida en que el poeta actuó directamente en la tradición de la sagrada escritura desde su fuente original: el hebreo. De ahí que una aportación fuera tomada como una irrupción, como un atentado. Lo encierran con cinco años de cárcel por mostrar un poema distinto a la versión latina. Un poema en el que el amor se expresa derramándose. Como si su trabajo como traductor revelara ese aspecto de lo sagrado que el dogma insiste en ocultar: negar el cuerpo, su belleza y su expresión erótica como esencias mismas de la imagen del amor de Dios.

Así, este poema es centro y puente de dos tradiciones que entroncan en el siglo XVI para desde allí erguirse hasta la actualidad en la poesía hispánica.

Esta disyuntiva es una zanja abierta, una frontera cultural demarcada desde entonces por las persecuciones y la expulsión que impuso la monarquía católica. Y el exilio, esa marca cultural del siglo veinte español, confirmó que esa herida seguía viva. Si la cárcel ciñó entonces al príncipe de los poetas, el exilio, esa otra suerte celda en el destierro, marcó la vida de la poesía española a partir de la dominación franquista:

*Porque es nuestro el exilio.*

*No el reino.*

#### Noventa y nueve poemas (1981)

Este poema de José Ángel Valente, en su síntesis, ilumina el camino de la tradición a la que me refiero. El exilio de Valente va más allá, remite al camino de la exégesis y al retiro espiritual como vías de unión entre

pensamiento y poesía, entre mística y hallazgo poético. Es una tradición que se arraiga en la fe cristiana, a partir del siglo XVI, y que tiene su inicial gestor en Fray Luis de León, descendiente de judíos, quien hace suya la herencia de la lengua hebrea cuya expresión prosperará en los dos impresionantes carmelitas: Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

A esta tendencia cristiana le acompaña el sino de contrición y despojamiento, de apartamiento y fundación. Como si el mundo que se iba, violentado y perseguido del al-Andalus, soterrara en el espacio ibérico la fuente de su fe y sus tradiciones fueran retomadas en la conversión, de manera oscura y derivada. Así, la fuerza de lo nombrado elevó su potencia, pues más de lo que se podía, pedía ser dicho.

Como poetas fulgurantes la tradición suma en el siglo XX a Juan Ramón Jiménez, antecedente de la generación del 27; a Federico García Lorca como fuente lírica de esta generación, que introdujo la formulación de "casidas" y "gacelas"<sup>2</sup> en su *Diván del Tamarit*; y, junto con el *Poema del cante jondo*, abrió las compuertas a una cultura oficialmente negada, a un pasado vivo al invocarlo; a ese poeta excepcional que es Luis Cernuda, fuego vivo en el destierro cuyo dios es la daga del amor prohibido; a Luis Rosales como punta de lanza de una renovación formal de la poesía española que hace derivar en narratividad el verso libre y fusiona amor, carnalidad y evangelio en el *Diario de una resurrección*; y a Claudio Rodríguez y a José Ángel Valente como vértices diferenciados y autónomos de la generación de la joven posguerra. Aunque los caminos de estos últimos fulguren por vías distintas.

Los poetas aquí nombrados concentran su devoción espiritual en explorar la experiencia del ser, es decir su manifestación directa, en el cuerpo, el cuerpo como morada de la interioridad. Especialmente Cernuda, Rosales y Valente. En este último la unión es extrema y meritoria en cuanto a que Dios, y el poder de toda la creación refulgen su vacío como espacio vital, habitable. La existencia pasa por el vacío o no encuentra sentido. La escritura es atravesada por la negación como fuerza que es prueba del poeta, desde un rechazo a la formulación previa, al espíritu de un momento. Omitir por vía de una voluntad que pide encuentro. El camino de la palabra es entonces silencio. Aprender el silencio. Escuchar el silencio. El silencio y su rostro de nada, sin historia posible, desvaneciéndose los actos, las imágenes:

<sup>2</sup> Nombres de formas clásicas de la poesía árabe con las que García Lorca divide su poemario.

*Supo,  
después de mucho tiempo en la espera metódica  
de quien aguarda un día  
el seco golpe del azar,  
que sólo en su omisión o en su vacío  
el último fragmento llegaría a existir*

(Raíz)<sup>3</sup>

**Fragmentos de un libro futuro (2000)**

La experiencia espiritual en torno a Dios se refunde en la nada. Y como una variable del encuentro que, partiendo de Homero, en la **Odisea** es a la vez enfrentamiento entre Odiseo y el cíclope. (Al ser Polifemo hijo de un dios: Poseidón y de la ninfa Toosa, no deja de apreciarse la condición monstruosa de la intervención carnal de la divinidad). Después de que Polifemo ha devorado a varios marineros, Odiseo, para protegerse ante la pregunta del cíclope sobre su identidad, responde con una variante de su nombre: "Oudeis" que quiere decir Nadie. Siendo Nadie, Odiseo puede vencer al monstruo, al monstruo que tiene una parte de dios. Valente, va diluyendo el contenido de la persona lírica hasta decir: Nadie, como si en ese Nadie, en esa negación con mayúsculas del yo y del nombre mismo, existiera la posibilidad de un encuentro con la divinidad, con el absoluto, que evitara el ser devorado por ésta. Como si el poeta tuviera que ser Nadie, asumir su condición de Nadie, para establecer trato con las instancias divinas, que lo implican y someten, y sólo en el lenguaje aceptan su posibilidad de ser:

*El dios y el mar. Y más allá, los dioses y los mares. Siempre. Como las  
aguas besan las arenas y tan sólo se alejan para volver, regreso a tu  
cintura, a tus labios mojados por el tiempo, a la luz de tu piel que el  
viento bajo la tarde enciende. Territorio, tu cuerpo. El descenso afilado  
de la piedra hacia el mar, del cabo hacia las aguas. Y el vacío de todo lo  
creado envolvente, materno, como inmensa morada.*

(Cabo de Gata)

**Fragmentos de un libro futuro (2000)**

<sup>3</sup> Todos los poemas citados pertenecen a libros de José Ángel Valente. Señalo el título del poema y el título y año de edición del libro.

Esa expresión de Fray Luis de León: "Al amor sólo el amor le habla y le entiende y le merece"<sup>4</sup> es motor de un lenguaje que los poetas mencionados cifrarán como esencia de su poesía. En el caso específico de Valente, su búsqueda subsume poesía y mística. Y adentrándose en el arrojado de la obra de San Juan de la Cruz, su simbología abrevará en la religiosidad y en la imaginería islámica. De ahí que, por ejemplo, el pájaro sea un símbolo especial en su obra.

Pero no cualquier pájaro, se trata del pájaro solitario, aquel que para San Juan debe reunir estas condiciones: *La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.* Recordemos que el pájaro eleva su vuelo con su canto, que canto y elevación son notas de un mismo sentido que rebasa los límites del entendimiento, porque va más allá, e incluso, en su espiritualidad no encuentra eco siquiera en el sentido. Vuela hacia el lugar del encuentro con el ser cuya remota posibilidad sólo se crea en el interior de uno mismo. Por eso otra de las ponderaciones de la poesía de Valente es el silencio. Y de no prestar la debida atención, de no comprender que sus palabras son aves que se elevan o precipitan, que se encienden o caen despojadas de sí, no captaríamos cómo esta obra, que inicia siendo enfática cerrando poemas con contundencia y golpe, regulada por el tono de su generación (Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Carlos Barral y Claudio Rodríguez) viaja hacia la deriva del yo, nulificándolo, instalándolo en el lugar que le corresponde: la nada, para así invocar al ángel, a las representaciones de la divinidad, con la consabida señal de su seguro arrasamiento:

BORRARSE.

*Sólo en la ausencia de todo signo  
Se posa el dios.*

**Al dios del lugar (1989)**

Este poema es una flecha y a la vez un ala, un ala que vuela como flecha para despojarnos. Va hacia allá. Y si como dijo el Maestro Eckhart, los sentidos saltan sobre los pensamientos, en la proeza mística que parte de la contemplación y el reposo, el deseo pierde su referente, puede convertirse en carroña, y en este rumbo la propia anulación trae consigo

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 33.

la anulación del lenguaje. Valente logra lo más difícil: asume la gracia, aunque sea sólo por el milagro de ser apenas su lenguaje tocado. Sus poemas evolucionan hacia una vía marcada por la disolución. Así, el poeta acumula silencio como arma de viento. Se aísla en un proceso de despojamiento que resguarda, pues sólo en él se accede a la voz. El camino es palabra y la palabra es piedra. Lo innombrable está ahí, aguardando desde un lugar que no es en la medida que no tiene nombre.

*Las palabras de la tribu* (1971), *Variaciones sobre el pájaro y la red precedido de la piedra y el centro* (1991), así como su edición de *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz* (1995) en colaboración con José Lara Garrido, son libros de profunda y auténtica atención sobre el fenómeno poético y la religiosidad del mismo. Y son también los aportes para una disidencia desde la radicalidad del rescate del mundo místico que puede habitar la poesía.

El camino de Valente hacia la poesía fue de despojamiento y comunión. Pero también de reflexión. Y quizás es en este certero merodeo de sus ensayos donde Valente establece la gloria de su lenguaje. Paradójicamente para la poesía el lugar que se privilegia es el lugar de la ausencia. Un acercamiento gozoso y castigado que bordeó la abismal hendidura. Esa división que da origen. Esa aceptación de la escisión. Mas su palabra, su palabra paloma, para citarlo, su palabra al vuelo, su poesía, cuya concepción se adentra en la simbología árabe que se eleva en el venerado *Coloquio de los pájaros* del místico persa Farid al-Din Abú Talib Muhámmad ben Ibrahim Attar, centra su hallazgo en el sentido en que él lo entendía y en el que debe toda verdadera poesía encumbrarse: el canto como una explosión del silencio, como un tesoro por encontrar. De hecho en ello radica su poética:

*Tan sólo escribe criptografías. Sigue en su hechura las técnicas instintivas del disimulo y de la ocultación. Percibirlo, hace esas composiciones inquietantes. Tal vez hay en una de ellas, en la que acaso constituya el centro del laberinto, un secreto, un tesoro escondido. Pero no sabemos cuál es.*

(Estética)

#### **Fragmentos de un libro futuro** (2000)

Silencio en cuanto isla interior, exilio propio, fundación del margen.  
Silencio en cuanto elección de soledad, de soledad como vía de amor. Un

amor que se distancia de la inmediatez para afincarse en lo profundo de la lejanía, en la labor exquisita de la búsqueda de lo inaccesible. Y lo inaccesible es lenguaje. Como los pájaros del *Coloquio...* referido, al acecho de su remoto rey Simurg, (saben que el nombre de su rey quiere decir treinta pájaros) pueden buscarlo en la montaña circular que rodea la tierra. "Acometen la casi infinita aventura; superan siete valles, o mares; el nombre del penúltimo es Vértigo; el último se llama Aniquilación. Muchos peregrinos desertan; otros perecen. Treinta, purificados por los trabajos, pisan la montaña del Simurg. Lo contemplan al fin: perciben que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos y todos"<sup>5</sup>. Así, la poesía de José Ángel Valente, propensa al vértigo de la aniquilación, tiende a disolverse, a explotar brevemente en sus silencios, a remover en sus líneas y párrafos, en su prosa sonora, la idealidad de su deificación. No edificación, como pedía Valéry, sino deificación entre ruinas. Desde el rostro inclemente de la nada. Deificación que se derrumba en el lenguaje para fulgurar en los espacios brillantes del esmero, en la blancura del silencio, en el presagio del papel.

Remoto en su sonoridad, el lenguaje emite en breves líneas, en prodigiosos instantes, su posibilidad, las frecuencias y ondulaciones de su movimiento, de su ritmo que es alma por manifestarse. Al disolverse el lenguaje silencia, pacífica. Cercano a la vía ascética de la *Canción de la vida solitaria* de Fray Luis de León, que pedía reposo, alejamiento del oro y del mundo del ruido, la poesía de José Ángel Valente cierra sus lazos con su tradición, actualizándola. *Fragmentos de un libro futuro* es un poemario cuya voz se sitúa en la frontera, en la vigilia entre vida y muerte. Ese camino cuya trascendencia radica en la fusión del sufrimiento y la contemplación, en la reivindicación del objeto de amor como asidero del espíritu. La eternidad es interna y es entrañable porque radica en las entrañas.

Más que síntesis o brillantez, en la brevedad de estos poemas encontramos los residuos de la vida que ha ido sembrando la muerte. Hay un diálogo con la muerte. Y más allá. Hay un vislumbre de la trascendencia. Y el insomnio es el tránsito; la noche: su críptica inmensidad donde la intensidad está latiendo, dando vida a esa voz y al mismo tiempo, amenazándola. Encerrada en el centro de sí, orillada al abismo de un Dios, ¿pero cuál?

Así, estos poemas se sitúan más allá de una posible identidad o historia, pues ésta deja de tener sentido, ya que todo se lo lleva "el ritual

<sup>5</sup> Borges Jorge Luis, *Historia de la eternidad*. EMECÉ, Buenos Aires, 1953., pág. 144

aciago del adiós”; sólo la vida, pálida sombra, encuentra todavía fundamento. La duda recae no sobre la existencia sino sobre la ambigüedad de su designio. Más que lección de humildad estamos ante una lección de negación en la cual la evolución mística se retrotrae y viaja hacia la impureza, allí donde la impiedad anula el perdón y el amor es golpeado, puesto a prueba como absoluto agente de la redención, ya que el fuego de la ausencia, el principio de la disolución, el poder del cielo para disolver están allí, ejerciendo su rigor mayúsculo. Por eso el deseo, la usura, la corrupción, el ángel, Dios y su inmediata interrogante: ¿cuál dios?, se erigen como constantes que guardan relación entre sí, y se desplazan vinculándose.

Lejos de ese encuentro cierto que San Juan de la Cruz logró con lo divino, ese dejarse volar en el lenguaje, desatándolo, elevando sentidos y pensamiento en una fusión única, al vuelo. La forma se trastoca cuando se participa de la sobrenaturaleza. Y los casos son muy aislados e irrepetibles. En la obra poética de José Ángel Valente, la forma se aniquila, se resume y disuelve; se convierte en morada el vacío, en ala la palabra. Pero más que arrobamiento hay un arrasamiento. Un vaciamiento del ser que es a la vez morada, espacio que sobrevive en la palabra, que sobrevuela la palabra a la espera de los ojos del ser.

### Bibliografía

BORGES, Jorge Luis. *Historia de la eternidad*. EMECÉ, Buenos Aires, 1953.

BARASOAIN, Alberto. *Fray Luis de León, Júcar*, Barcelona, 1982.

VALENTE, José Ángel. *Al dios del lugar*, Tusquets (col. Nuevos textos sagrados), Barcelona, 1989.

----- . *Cuaderno de versiones*, Círculo de Lectores / Nueva Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.

----- . *El fulgor, Antología poética (1953-2000)*, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.

----- . *El inocente*, Joaquín Mortiz (Col. Las dos orillas), México, 1970.

----- . *Fragmentos de un libro futuro*, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2000.

----- . *La experiencia abisal*, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004.

----- . *Las palabras de la tribu*, Siglo XXI de España, Madrid, 1971.

----- . *No amanece el cantor*, Tusquets (col. Nuevos textos sagrados), Barcelona, 1993.

----- . *Noventa y nueve poemas*, Alianza, Madrid, 1981.

----- . *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Tusquets, Barcelona, 2000.

VALENTE, José Ángel y José Lara Garrido, editores, *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz*, Tecnos (col. Metrópolis), Madrid, 1995.